



PARTIR EL PAN DE LA PALABRA

ORIENTACIONES SOBRE EL MINISTERIO DE LA HOMILÍA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

- La enseñanza de Cristo
- La actitud de la Iglesia
- Importancia de la homilía
- Finalidad del presente documento

PRINCIPIOS DOCTRINALES

- I. La homilía al servicio de la Palabra de Dios*
 - La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia
 - El Leccionario de la Palabra de Dios
 - La homilía, acto litúrgico
 - La homilía y otras formas del ministerio de la Palabra
- II. La homilía al servicio del misterio celebrado*
 - La homilía en la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos
 - La homilía en el año litúrgico
- III. La homilía al servicio del pueblo de Dios*
 - La homilía y la asamblea litúrgica
 - Aplicación de la Palabra a la vida
 - El ministro de la homilía

APLICACIONES PRÁCTICAS

- I. La preparación de la homilía*
 - Fuentes de inspiración
 - Exégesis y homilía
 - Conocimiento del Leccionario
 - Los subsidios para la predicación
 - Oración y meditación de la Palabra
 - Formación de los futuros ministros de la homilía
- II. La realización de la homilía*
 - Obligatoriedad
 - Momento y lugar
 - La forma y el lenguaje
 - La homilía en algunas circunstancias
 - La homilía en las misas con niños
 - La homilía en el Oficio Divino
 - A modo de conclusión

* * *

INTRODUCCIÓN

La enseñanza de Cristo

1. Todos los domingos y fiestas de precepto las comunidades cristianas se reúnen para celebrar el Misterio Pascual escuchando la Palabra de Dios y tomando parte en la eucaristía (cf. CONC. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium* [SC] 106). Cada uno de estos días el sacerdote, que participa en el grado propio de su ministerio del oficio de Cristo, anuncia a los fieles la divina Palabra y les distribuye el Cuerpo del Señor (cf. CONC. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium* [LG] 28; CONC. VAT. II, Decr. *Presbyterorum ordinis* [PO] 18).

Se renueva de este modo en el tiempo el gesto de Jesús resucitado cuando se manifestó a los discípulos de Emaús. Primero les explicó la Palabra «comenzando por Moisés y por todos los profetas» (Lc 24,27) y, después, «puesto con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio» (v. 30). El reconocimiento del Señor fue precedido por un largo coloquio en el cual el Maestro «hizo arder el corazón» de los discípulos antes de abrirles los ojos de la fe (v. 32), para que en los sucesivo, desde la Palabra bíblica que ilumina la situación de los hombres y desde el Pan eucarístico, pudiesen «reconocer al Señor resucitado y sentirle otra vez presente en medio de ellos según su promesa» (col. Dom. VII de Pascua).

Entre la situación inicial de aquellos discípulos y su posterior transformación media una explicación de las Escrituras en un contexto eucarístico. Cuando el Señor se haga de nuevo presente a todos los suyos reunidos para el convite, les exhortará a acudir a «la Ley de Moisés, a los Profetas y a los Salmos» (Lc 24,44) y abrirá sus mentes para «comprender las Escrituras» (vv. 45-47), haciéndoles así testigos de todos los hechos realizados por él (v. 48).

La actitud de la Iglesia

2. La Iglesia, desde entonces, como refieren algunos testimonios muy antiguos (cf. JUSTINO, *Apol.* 1,67), ha obedecido al Señor y, con la asistencia del Espíritu Santo (cf. Jn 14,26; 15,26; 16,13-15), continúa partiendo y distribuyendo a los hombres el Pan de la vida en la doble mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo (CONC. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum* [DV] 21; PO 18).

En nuestra época, el Concilio Vaticano II en sus constituciones y decretos, nos ha hecho tomar conciencia del puesto central que ocupa la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia y, de modo particular, de la importancia que la liturgia de la Palabra tiene en toda celebración. Después del Concilio, el magisterio de los Sumos Pontífices, las instrucciones para aplicar la reforma y las introducciones de todos los libros litúrgicos, particularmente del Leccionario de la Misa en la segunda edición típica de su *ordo lectionum* (año 1981), ha ampliado notablemente la doctrina conciliar sobre la presencia y el significado de la Palabra de Dios en la liturgia.

Importancia de la homilía

3. Punto clave de esta doctrina es, sin duda alguna, la homilía, que el Concilio recomendó «como parte de la misma liturgia» (SC 52). El nuevo Código de Derecho Canónico se ocupa expresamente de ella en un canon (el 767) que sintetiza las disposiciones conciliares y postconciliares sobre la materia.

Cuando hace dos años hablábamos del Domingo fiesta primordial de los cristianos, exhortando a una revalorización del día del Señor, señalábamos como uno de los motivos más importantes para asistir a la santa misa dominical, la necesidad de escuchar la Palabra de Dios. Y, en efecto, es allí donde se alimenta la fe de la gran mayoría de los fieles que no tienen otro contacto con la Palabra de Dios. Solamente este hecho bastaría para hacer caer en la cuenta de la grave responsabilidad que nos incumbe a los pastores a la hora de cumplir el ministerio de explicar y adaptar esa Palabra de Dios en la homilía. Por eso, si domingo tras domingo, ciclo tras ciclo del año litúrgico, ofrecemos a nuestra comunidad el verdadero pan de la Palabra al tiempo que les fortalecemos con el banquete del Señor (SC 48), haremos realidad la edificación de la Iglesia como Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu.

Finalidad del presente documento

4. Conscientes de la importancia de la homilía en la celebración litúrgica, los Obispos de la Comisión Episcopal de Liturgia hace tiempo que queríamos dar a conocer unas orientaciones de tipo teológico y pastoral sobre este ministerio, a fin de animar, especialmente a los sacerdotes que soportan, es cierto, el «peso del día y el calor» trabajando en la viña del Señor, a entregarse con ilusión y esmero a una tarea a la vez tan hermosa y tan exigente. Todos los ministros de la Palabra, particularmente los obispos, los presbíteros y los diáconos, tenemos confiada la misión de comunicar a los fieles las inmensas riquezas de la Palabra divina sobre todo en la sagrada liturgia (DV 25). Por eso hemos de dedicarnos a la predicación homilética con la mayor fidelidad y exactitud (SC 35, 2).

PRINCIPIOS DOCTRINALES

I. LA HOMILÍA AL SERVICIO DE LA PALABRA DE DIOS

La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia

5. «El Pueblo de Dios se reúne mediante la Palabra de Dios vivo que con todo derecho hay que buscar en los labios de los sacerdotes» (PO 4; LG 26). La Iglesia crece y se edifica por la escucha de la Palabra del Señor y por la renovada actuación de la obra de la salvación en el sacrificio y en los sacramentos (cf. LG 26). Con la asistencia del Espíritu Santo esta Palabra es acogida y meditada, interpretada con fidelidad y transmitida en la Iglesia a través de toda la variedad de funciones y ministerios eclesiales que Cristo mismo ha querido y el Espíritu dirige con sus dones.

La Iglesia cree que la Sagrada Escritura, de la que ella es depositaria (DV 10), es realmente la Palabra de Dios, cuyo autor y revelador es el mismo Dios que, no obstante, ha querido servirse de los hombres para dar a conocer el misterio de su voluntad (DV 2.; LG 19). La economía divina ha dispuesto que la Palabra sea alimento vital del Pueblo de Dios, el cual no podría subsistir sin esta comida que es fuerza de la fe (DV 23).

La Palabra de Dios en la liturgia

6. Pero hay en la Iglesia un lugar privilegiado donde la Palabra salvadora suena con una particular eficacia: es la liturgia «en la que Dios habla a su pueblo, Cristo sigue anunciando el Evangelio, y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración» (SC 33). La liturgia es, por tanto, un diálogo ininterrumpido entre la Palabra y el hombre llamado a ser un eco de esta misma Palabra divina en el culto y en la vida diaria, un encuentro entre Cristo, el Señor, y su amada Esposa la Iglesia, en la presencia del Espíritu (cf. Ap. 22,170), que ha sido asociada al coloquio eterno que el Hijo introdujo en este exilio terreno al tomar la naturaleza humana (SC 83).

«La importancia de la Sagrada Escritura en la liturgia es muy grande: de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan, las preces, las oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu y de ella reciben su significado las acciones y los signos» (SC 24). Consecuentemente, la liturgia de la Palabra es parte principal de toda acción litúrgica, de tal manera que está tan íntimamente unida al rito que constituye juntamente con él un sólo acto de culto (cf. SC 56; 35).

7. En la liturgia, además, se advierte claramente que los destinatarios de la divina Palabra no son únicamente los fieles aisladamente, sino el Pueblo de Dios reunido y «congregado por el Espíritu Santo» (*col. fer. 4ª sem. 7 Pascua*). A este pueblo, como a la asamblea cultural del Antiguo Testamento, se dirige la invitación: «Escuchad hoy su voz» (Ps 94,8; Hb 4,7ss), invitación que el Padre profirió en la transfiguración de Jesús: «Este es mi Hijo amado: escuchadle» (Mc 9,7). La asamblea litúrgica, convocada para escuchar la Palabra eterna del Padre que es Cristo, ofrece a Dios el sacrificio de alabanza (cf. Pleg. euc. I): se manifiesta ante el mundo como la Iglesia sacramento de salvación para todos los hombres (LG 26; 1; 9; SC 41).

Por eso, cuando la Palabra de la Escritura es proclamada en las celebraciones litúrgicas, constituye uno de los modos de la misteriosa y real presencia del Señor entre los suyos, como enseña el Vaticano II: «Él está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla» (SC 7). Y Cristo está presente, no de una manera abstracta, sino con su divina Persona en la unidad de las dos naturalezas, llevando consigo la realidad de su obra salvífica y comunicándose a sí mismo y llevando a la comunión con el Padre (cf. 1 Jn 1,1-3) por medio del Espíritu Santo (cf. Jn 14,16ss) la certeza que la Iglesia tiene de esta presencia la lleva a no omitir nunca la lectura litúrgica de la Palabra de Dios «leyendo cuanto a él se refiere en toda la Escritura» (SC 6) y venerando con honores litúrgicos el Leccionario, como hace con el Cuerpo del Señor (DV 21). Por el mismo motivo jamás pueden ser sustituidas las lecturas bíblicas por otras no bíblicas, pues sólo la Palabra de Dios tiene fuerza para salvar (Hb 4,12).

El Leccionario de la Palabra de Dios

8. Cristo, el Señor, está presente en su palabra con todo lo que es junto al Padre (cf. Jn 1,1) y con todo lo que fue y significó su vida histórica terrena, desde la encarnación hasta la muerte en la cruz. Los hechos particulares de la vida de Jesús, especialmente el misterio de su Pascua que es como el núcleo y la síntesis de todos ellos, están contenidos en todas las Escrituras, pues «toda la Escritura habla de él» (Lc 24,27; Jn 5,39), especialmente los Evangelios, «el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo encarnado» (DV 18). Estos hechos, que sucedieron «para que se cumplieran las Escrituras» (Lc 24,44), tienen que ser continuamente recordados y actualizados para que los hombres puedan ser introducidos en la plenitud del misterio pascual de Jesucristo (SC 5-6).

Desde los tiempos apostólicos esto es lo que ha hecho la Iglesia, sobre todo en la liturgia. Pero, dado que los hechos particulares de la vida histórica de Jesús introducen y explican el misterio de salvación y todos participan de la victoria y del triunfo pascual que se obró en la cruz, es necesario que la Escritura que refiere y revela todos estos hechos sea leída con orden y de una manera gradual. Esta necesidad dio origen a los leccionarios, en los que la selección y distribución de los pasajes bíblicos ayuda a que cada Iglesia, de Oriente y de Occidente, proclame, medite y viva, de acuerdo con su propia sensibilidad y tradición, el único misterio de Cristo a partir de la Palabra divina inspirada y contenida en la Escritura (DV 11; 16).

9. El Leccionario es, por consiguiente, el modo normal y habitual que tiene la Iglesia de leer eclesial y comunitariamente la Palabra de Dios del libro de las Escritura (DV 25), como hizo el propio Señor en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4,16 ss), en la última Cena y en los convites después de la resurrección (cf. Lc 24), y como recomienda San Pablo (cf. 1 Cor 14). La de la Sagrada Escritura en la liturgia es la lectura más completa y globalizada, es una lectura teológica y espiritual a la vez, que procede siguiendo los diferentes hechos evangélicos en torno a los cuales ordena el resto de los pasajes bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Bajo la guía del Espíritu Santo cada Iglesia confeccionó no uno sino varios leccionarios, según las épocas, en un afán admirable de profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo (Ef 3,3-19). En nuestro tiempo la Iglesia Católica del Rito Romano, siguiendo los mandatos del Vaticano II que dispuso «se abriesen con mayor amplitud los tesoros de la Biblia» (SC 52), ha puesto en nuestras manos el más completo Leccionario, si cabe, de su historia, tanto para la misa y los sacramentos como para la celebración del Oficio Divino. Es a este libro litúrgico, el primero y principal, al que la liturgia trata con especial veneración y para el que el arte sacro ha reservado las más preciosas encuadernaciones y guardas.

La homilía, acto litúrgico

10. En todo este contexto, tan significativo, del puesto que ocupa la Palabra de Dios hecha libro y signo sagrado en la liturgia, aparece la homilía «como parte de la misma liturgia, en la cual se exponen durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana» (SC 52).

Es esta integración en la misma acción sagrada de la que forma parte, la nota más sobresaliente de la homilía, lo que hace de ella un acto sacramental que pertenece por entero a la misma dinámica de la presencia de la Palabra de Dios en la liturgia. La homilía no cumple únicamente la función de anunciar a Cristo, explicar las Escrituras o instruir al pueblo, sino que hace todo esto en el ámbito propio del culto litúrgico y de los signos sacramentales. En este sentido puede decirse que está destinada preferentemente a aquellos que ya han sido llamados a la conversión y a la fe (SC 9) y están en grado de participar en los sacramentos, signos de la fe, que la suponen al mismo tiempo que la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y de cosas (SC 59, PO 4).

Y por la misma razón la homilía aparece como un acto reservado al ministerio ordenado, como luego veremos. La presencia de Cristo, Pastor y Maestro, que continúa en la Iglesia predicando el Evangelio (SC 33), tiene lugar no sólo cuando se lee la Sagrada Escritura en la asamblea litúrgica (SC 7), sino también cuando es explicada (Inst. *Euch. myst.* 55).

La homilía y otras formas del ministerio de la Palabra

11. La homilía sobresale entre las varias formas de predicación (DV 2; SC 35; *Codex Iuris Canonici* [CIC] can. 767-1). Si se entiende el ministerio de la Palabra genéricamente como anuncio y transmisión del evangelio de Cristo a los hombres, se advierte que la homilía, por sus especiales características, se distingue de la evangelización propiamente dicha y de la catequesis. La evangelización o kerigma es el primer anuncio de la buena noticia que provoca la conversión y la fe, y se dirige a los no creyentes o a los bautizados insuficientemente evangelizados (cf. LG 17; PABLO VI, Exh. ap. *Evangelii nuntiandi* [EN] 18; 24). La catequesis consiste en la educación ordenada y progresiva de la fe, en un proceso dinámico, gradual y permanente que une al conocimiento de la Palabra de Dios la celebración de la fe en los sacramentos y el testimonio en la vida cotidiana (cf. COM. EPISC. ENSEÑ. Y CATEQ., *La catequesis en la comunidad*, nn. 78ss).

La homilía deberá tener también una dimensión evangelizadora y catequética, como oportunamente han recordado las exhortaciones apostólicas *Evangelii nuntiandi* (n. 43) y *Catechesi tradendae* [CT] (n. 48). Este último documento plantea así las relaciones entre catequesis y homilía: «La homilía vuelve a recorrer el itinerario propuesto por la catequesis y lo conduce a su perfeccionamiento natural, al mismo tiempo impulsa a los discípulos del Señor a emprender cada día su itinerario espiritual en la verdad, la adoración y la acción de gracias, en este sentido se puede decir que la pedagogía catequística encuentra, a su vez, su fuente y su plenitud en la eucaristía dentro del horizonte completo del año litúrgico. La predicación, centrada en los textos bíblicos debe facilitar entonces, a su manera, el que los fieles se familiaricen con el conjunto de los misterios de la fe y de las normas de la vida cristiana» (CT 48).

II. LA HOMILÍA AL SERVICIO DEL MISTERIO CELEBRADO

La homilía en la celebración de la eucaristía y de los sacramentos

12. La homilía reviste una necesidad y una importancia particular en la celebración eucarística. En efecto, la relación entre la liturgia de la Palabra y la liturgia del sacrificio, la doble mesa del Señor donde se nos da el Pan de la vida (DV 21; PO 18), tiene en la homilía un elemento de conexión y de entronque para mostrar la íntima unidad de la celebración (SC 56). «En la misa se unen inseparablemente el anuncio de la muerte y resurrección del Señor, la respuesta del pueblo que oye y la oblación misma, por la que Cristo confirmó con su sangre la Nueva Alianza» (PO 4).

Esta conexión entre la palabra y el rito aparece más clara cuando la homilía se nutre de las lecturas bíblicas que se han proclamado (cf. SC 24; 35, 2), y en cierto modo el que predica continúa proclamando las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación cuyo centro es Cristo y su Misterio Pascual, siempre presente y operante en la liturgia, especialmente en la eucaristía (SC 5-6; 35, 2). De manera análoga la predicación litúrgica está también ligada a la unidad entre la Palabra y los elementos rituales de los sacramentos. Pues los fieles, recibiendo la Palabra de Dios y nutridos por ella, son conducidos a una más fructífera participación en los misterios de la salvación (Inst. *Euch. myst.* 10; SC 59; PO 4).

Por eso la reforma litúrgica ha dotado a la celebración de cada uno de los sacramentos de un abundante Leccionario bíblico. Ateniéndose a él, la homilía cumplirá mejor su función de conducir a la asamblea desde la Palabra proclamada al sacramento que es cumplimiento, en las circunstancias de cada hombre que accede a ellos, de esa Palabra de salvación eterna y eficaz.

La homilía en el año litúrgico

13. La homilía, según la enseñanza del Vaticano II debe exponer, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe «durante el ciclo del año litúrgico» (SC 52), es decir, debe guardar una íntima y armónica relación con el misterio de la Redención, precisamente porque la homilía es parte de la liturgia del día (Inst. *Inter oecum.* 55) y, en consecuencia, depende de las lecturas proclamadas.

En efecto, cuando hablábamos del Leccionario decíamos que es el modo que tiene la Iglesia de leer las Escrituras sobre la base del Evangelio, el cual refiere los hechos y las palabras de salvación de la vida histórica de Jesús, cuyo núcleo es el misterio de la Pascua. Esta lectura va transcurriendo, por tiempos o ciclos, de forma que «en el curso del año la Iglesia celebra con sagrado recuerdo, en días determinados, la obra de su divino Esposo» (SC 102). Esta celebración constituye la esencia del año litúrgico, desarrollo, gracias a la liturgia de la Palabra preferentemente, y a la homilía que forma parte de ella, «de todo el misterio de Cristo, desde la encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectación de la dichosa esperanza y venida del Señor» (ib.). El año litúrgico, por su parte, gira todo él en torno a la conmemoración anual de la Pascua, pero su base está en la celebración semanal del día del Señor (SC 106).

14. La homilía, fiel al Leccionario, expone y aclara los contenidos evangélicos y bíblicos de las lecturas para celebrar el misterio de Cristo y la obra de la salvación. Domingo tras domingo, ciclo tras ciclo, la homilía inicia espiritualmente en la comprensión y en la vivencia de los diferentes momentos de la vida de Cristo nuestro Redentor y en su obra salvadora que «se realiza cada vez que celebramos el memorial de su Pasión» (*superobl.* dom. II T.O.; SC 2). Pero también contribuye a la contemplación del misterio de la Santísima Virgen María, «en la cual la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención» (SC 103; LG 53); y de los Santos, «en los que proclama el misterio pascual cumplido en ellos» (SC 104; 111).

En cada uno de los tiempos litúrgicos la homilía ayuda a celebrar a Jesucristo bajo aspectos diversos, pero siempre confluyentes y como engarzados en el acontecimiento central de la Pascua. El año litúrgico por tanto, aparece como el principal itinerario del quehacer homilético, para que la Iglesia lo recorra avanzando progresivamente en la historia de la salvación. La homilía, fiel a esta ruta animada por una especial fuerza del Espíritu, debe situarse siempre bajo la potente luz de la Pascua que en todos los tiempos litúrgicos revela el sentido pleno de los textos proclamados. Lejos de ser como una isla en el conjunto de la liturgia del día, la homilía contribuirá decisivamente a que los fieles vivan el año litúrgico como un acontecimiento de gracia y de salvación, un tiempo saludable que brota del Cristo glorioso y eterno y se despliega en su Cuerpo santificado que es la Iglesia, llamada a reproducir en sí misma el misterio de su Señor a medida que lo va celebrando domingo tras domingo, día tras día.

III. LA HOMILÍA AL SERVICIO DEL PUEBLO DE DIOS

La homilía y la asamblea litúrgica

15. Hay un tercer aspecto de la homilía que merece también atención particular. Se trata de la relación que tiene con la Iglesia, es decir con el Pueblo de Dios reunido en asamblea litúrgica y que ha escuchado la Palabra para disponerse a celebrar el misterio de salvación. Si la divina Palabra constituye a esta comunidad en asamblea cultural (cf. Éx 12; Hch 1-2) y esta Palabra es una comunicación viva y eficaz de Dios a los hombres (cf. Hb 4, 12), a la que debe seguir siempre la respuesta de la fe en la liturgia y en la práctica de la voluntad del Señor (cf. Sant. 1,22), la homilía tiene la misión de ayudar a los fieles a dar esa

respuesta en la fidelidad, como Cristo nuestro Amén (cf. 1 Cor 1,18-22) y como María, la esclava del Señor (Lc 1,38), que mereció ser llamada bienaventurada y dichosa por Isabel (Lc 1,42) y por su propio Hijo (Lc 11,27-28).

Para que el pueblo pueda comprender la Palabra divina y guardarla en el corazón con amor (cf. Lc 2,19, 51) para ponerla en práctica (cf. Jn 14,15), es preciso que alguien explique el sentido de esa Palabra, creando buena disposición para producir fruto del treinta, del sesenta o del ciento por uno (Mc 4,20). A los discípulos les ha sido dado conocer el misterio del Reino de Dios (Mc 4,11). Por eso el propio divino Maestro, después de haber proclamado la eficacia de la Palabra en la parábola de la semilla (Mc 4,1-9), realiza la explicación de la misma para el grupo de discípulos como en una homilía que les introduce en el significado del misterio (Mc 4,10-20).

Aplicación de la Palabra a la vida

16. La tarea del ministro de la Palabra no termina al desentrañar el significado de ésta. El mensaje que proclama, tiene que ser creído y aplicado a la vida (LG 25). «La predicación sacerdotal, dice el Concilio, que en las circunstancias actuales resulta no raras veces difícilísima, para que mejor mueva a las almas de los oyentes no debe exponer la Palabra de Dios sólo de modo general y abstracto, sino aplicar a las circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio» (PO 4).

Es éste otro gran servicio que la homilía presta al Pueblo de Dios, mostrarle, para su bien, lo que hoy le dice la Palabra de Dios, ayudándole a convertirse de corazón al Señor que le interpela y le llama a la comunión con él. Aplicar la Palabra a la vida será iluminar sobria e inteligentemente las situaciones y las necesidades de la comunidad de los fieles para que, ellos mismos, se miren en el espejo de la divina Palabra y acepten el compromiso de acogerla y de llevarla a la práctica de forma que el anuncio del mensaje no haya sido en vano.

Para que la Palabra de Dios que es comentada en la homilía, realice en el «hoy-aquí-para nosotros» lo que suena en los oídos, no basta la acción del ministro de la Palabra. Es preciso que esta acción vaya acompañada de la fuerza del Espíritu que actúa en los corazones de los hombres y es, en definitiva, el artífice de nuestra respuesta a la Palabra (cf. 1 Cor 12,3). El que predica debe estar convencido, como San Pablo, de que “ni el que planta ni el que riega son algo, sino Dios que da el crecimiento” (1 Cor 3,7).

El ministro de la homilía

17. La homilía es un acto litúrgico reservado al sacerdote o al diácono (CIC can. 767-1), es decir al ministerio ordenado, al cual corresponde, en efecto, reunir al Pueblo de Dios, presidido en nombre de Cristo y alimentarlo con la Palabra divina y el Cuerpo del Señor (LG 20; 28; 29; PO 4-5). La norma suprema es que la Palabra de salvación la anuncia la Iglesia por un mandato del Señor recibido a través de los Apóstoles (LG 17). Ahora bien, este mandato se cumple de múltiples maneras según las necesidades de los hombres, de forma que todo el Pueblo de Dios participa en la misión de anunciar el Evangelio según la diversidad de carismas y de funciones (LG 12).

Sin embargo es a los obispos a quienes compete en primer lugar el deber de predicar la fe como maestros auténticos de la misma (LG 24-25; CONC. VAT. II, Decr. *Christus Dominus* [CD] 13); después a los presbíteros en el grado propio de su ministerio (LG 28; PO 4); y, finalmente, a los diáconos que sirven al Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia de la

Palabra y de la caridad (LG 29; SC 35, 4; CD 15). Es a partir de la estrecha unión que existe entre el ministerio de la Palabra y el ministerio de la santificación y del culto, especialmente en la celebración de la eucaristía (Cf. DV 21; SG 35; PO 4), como se comprende el que la homilía corresponda de suyo al que preside (SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Ordenación General del Misal Romano* [OGMR] 42) o, en el caso de la concelebración, a uno de los concelebrantes (ib. 61). La homilía aparece siempre como una función típicamente jerárquica y magistral.

18. Por otra parte, este carácter exclusivamente jerárquico y litúrgico de la homilía exige a los ministros, más que cualquier otro tipo de predicación, si cabe, una fidelidad más exquisita a la divina Palabra que deben transmitir y explicar. Los fieles tienen derecho a escucharla de la boca de los ministros en toda su verdad (LG 37; PO 4). Por eso es deber de éstos «enseñar no su propia sabiduría sino la Palabra de Dios» (PO 4) y comunicar al pueblo que se les ha confiado, las inmensas riquezas de esta Palabra sobre todo en la sagrada liturgia (DV 25). Para ello será necesario que se dediquen a la lectura y al estudio de la Sagrada Escritura con especial empeño, para no ser «predicadores vacíos y superfluos de la Palabra de Dios, que no la escuchan en su interior» (DV 25).

En cambio, si siguen los consejos que San Pablo daba a su discípulo Timoteo (cf. 2 Tim 4,1-5) y se entregan a este ministerio con generosa dedicación, buscando, no sólo el provecho de los que escuchan la predicación, sino también el bien espiritual propio, llegarán a ser progresivamente discípulos más perfectos del Señor y gustarán más hondamente «las incalculables riquezas de Cristo» (Ef 3, 8; PO 13). Sabiendo que es el Señor el que abre los corazones (Hch 16,14), los ministros de la homilía están más íntimamente unidos a Cristo Maestro a quien hacen particularmente presente hablando y actuando en su persona (SC 7) se sentirán fortalecidos por el Espíritu del Señor y compartirán la caridad de Dios Padre que ha querido revelar en Cristo el misterio de su voluntad salvadora (PO 13).

APLICACIONES PRÁCTICAS

19. Para que todos estos principios y reflexiones no se queden en una hermosa teoría por falta de cauces y de medios para llevarlos a la práctica, debemos sugerir también algunas aplicaciones que puedan servir de orientación en la tarea concreta de preparar y desarrollar la homilía. Todos podemos estar convencidos del valor y de la eficacia del ministerio de la predicación litúrgica, sin embargo sabemos también que donde se verifican realmente nuestras convicciones y propósitos es en la vida de cada día. La pastoral de la Palabra, particularmente en el campo homilético, requiere grandes dosis de perseverancia y de esfuerzo continuado en la tarea propuesta. Todos tenemos la experiencia de que sólo con estas condiciones se superan el cansancio y la rutina de un ministerio cuya eficacia es similar a la de la lluvia suave y persistente que empapa la tierra (cf. Is 55,10-11).

I. LA PREPARACIÓN DE LA HOMILÍA

Fuentes de inspiración

20. La homilía es una explicación de algún aspecto de la liturgia del día basándose en algún tema de las lecturas bíblicas, o de otro texto del propio de la misa o, incluso, del Ordinario, teniendo en cuenta el misterio que se celebra y las necesidades de los oyentes (Inst. *Inter oecum.* 54). Por tanto, en principio, las fuentes de la homilía son todos los textos de la sagrada liturgia. Sin embargo, la especial vinculación que la homilía tiene con la Palabra de Dios, de cuya liturgia forma parte, hace que la primacía de lo que es necesario comentar la tengan las lecturas que se han proclamado (DV 24; SC 24; 35, 2; OGMR 33). La

homilía ha de tratar preferentemente del contenido bíblico del Leccionario del día conforme a la unidad sintética que brota del misterio de Cristo y une en sí las dos Alianzas (DV 16). Evangelio, Antiguo Testamento y Apóstol tienen que ser contemplados en su armonía de composición y en su eficacia fundamental actualizada hoy para nosotros en la Iglesia y en la liturgia.

Exégesis y homilía

21. La preparación de la homilía pide una fidelidad especial al que ha de distribuir el Pan de la Palabra como buen administrador de los misterios de Dios (cf. 1 Cor 4,1-2; Lc 12,42-43). Esta fidelidad consiste en acercarse a la Sagrada Escritura para comprenderla y explicarla de acuerdo con el modo propio que tiene la liturgia de leer la Palabra de Dios. Cuando la Iglesia ha organizado su Leccionario en torno a los hechos y dichos del Señor en el Evangelio, es evidente que quiere proponer unas claves de interpretación de la Escritura, de cara a la liturgia, esencialmente cristológicas y pascuales, dicho de otro modo, está refiriendo a Cristo y a su Misterio Pascual todos los contenidos de las lecturas bíblicas, a la manera como lo hacía el propio Señor cuando citaba las palabras del texto sagrado aplicándolas a su persona y a su obra de salvación. Los autores del Nuevo Testamento hicieron esto mismo también en cuanto evangelizadores y ministros de la Palabra que no sólo explicaron las Escrituras, sino que celebraron su cumplimiento en Cristo en la liturgia.

Por eso será necesario un conocimiento más profundo de los libros sagrados y de la historia de la salvación, no sólo como ciencia exegética sino como saber vivo y sintético apoyado en la tradición litúrgica (SC 24; Inst. *De instit. lit. in semin.* 52). El que prepara la homilía no podrá ignorar la aportación de los estudios bíblicos, para lo que deberá tener a mano un buen comentario de la Escritura, pero su tarea principal consiste en contribuir a que los oyentes escuchen verdaderamente a Dios que les habla y celebren y asimilen como creyentes la Palabra divina. Los Santos Padres nos dan buen ejemplo de ello. De ahí que su estudio sea indispensable para comprender profundamente la Escritura y alimentar con ella a los fieles (DV 23; CONC. VAT. II, Decr. *Optatam totius* [OT] 16; Inst. *De instit. lit. in semin.* 46).

Conocimiento del Leccionario

22. Al predicador litúrgico le ayudará mucho el estar informado de los criterios de selección y ordenación de las lecturas en el Leccionario de la misa y de los sacramentos, así como de los modos empleados para armonizar las lecturas entre sí. Estos criterios, junto con la finalidad pastoral de todo el ordenamiento de las lecturas, se explican ampliamente en la introducción al citado libro litúrgico.

Asimismo, es de suma importancia tener en cuenta la primacía que el texto evangélico tiene en la proclamación litúrgica de la Palabra. Por medio de él Cristo se hace presente a su Iglesia en la economía de la salvación. Cada episodio evangélico es el contenido concreto de este «hoy-aquí-para nosotros» de la liturgia, es un paso más para penetrar en la totalidad del Misterio Pascual que después es eficazmente recordado y actualizado en la acción eucarística. El Antiguo Testamento, a su vez, ofrece al Evangelio la profundidad histórica de la Promesa que avanza hacia su plena realización en Cristo; por eso su lectura es siempre anuncio, profecía y preparación del contenido evangélico (cf. DV 4, 16). Por su parte, la lectura apostólica significa la transmisión de la experiencia, vinculante para la Iglesia, de los que vieron, escucharon y contemplaron al Verbo de la Vida (1 Jn 1, 1-3) tanto en su existencia terrena como en su muerte y resurrección (Hch 4,20; 10,39-41).

Conocimiento de la liturgia del día

23. Otro aspecto importante a tener en cuenta al estudiar las lecturas de la misa para preparar la homilía, es la aplicación particular que la liturgia hace de ellas al misterio celebrado dentro de la solemnidad o fiesta e incluso dentro del tiempo litúrgico. Esta indicación afecta, sobre todo, a las celebraciones de la Santísima Virgen y de los Santos, las cuales nunca disocian la memoria que de ellos hace la Iglesia de la especial relación que tuvieron con el misterio de Cristo. En el caso de la Santísima Virgen esta realidad es mucho más evidente. Por eso la homilía en las solemnidades y fiestas de la Santa Madre de Dios ha de seguir las orientaciones que para el culto de la Virgen daba el Papa Pablo VI en la exhortación apostólica *Marialis cultus* [MC], especialmente cuando invitaba a situar este culto en el marco del año litúrgico (MC 2-15).

Respecto de los Santos la situación debe ser la misma. No es acertado, por ejemplo, exponer un determinado testimonio de santidad al margen completamente de la liturgia de la Palabra, sobre todo cuando la Iglesia ha elegido determinados textos para iluminar la vida y los carismas o virtudes en las que destacaron. En muchos otros casos, sin embargo, será preciso realizar, antes de la preparación de la homilía, la selección de los textos bíblicos de acuerdo con las diferentes series de lecturas que propone el Leccionario. La Sagrada Escritura no debería nunca dejarse de lado, pero menos aún servir de pretexto para desarrollar un tema doctrinal o formativo cuyo marco más adecuado no es la liturgia.

Los subsidios para la predicación

24. Desde los comienzos de la reforma litúrgica, cuando la homilía se hizo obligatoria, han proliferado por todas partes diversas publicaciones, en forma de libro unas, de aparición periódica las más, que han pretendido facilitar a los ministros de la Palabra el desempeño de su tarea. Estas publicaciones, cuando proponen de manera positiva y clara el comentario bíblico conforme a una exégesis seria y respetuosa con la unidad de toda la Sagrada Escritura, prestan una buena ayuda en la preparación de la homilía. Lo mismo ocurre cuando en las aplicaciones a la vida mantienen una línea de fidelidad respetuosa al Magisterio de la Iglesia, que está también al servicio de la Palabra de Dios, pero es su intérprete autorizado (DV 10).

La utilización de estos materiales no debe impedir una preparación cuidadosa de la homilía, atenta a la situación concreta de sus destinatarios, aspecto que nunca podrá suplir ni el mejor de los guiones o esquemas de predicación. Estos deben, en cierto modo, educar o ayudar, no suplantar una tarea que forzosamente ha de ser realizada por el propio ministro de la homilía. En este sentido, buscando una mejor preparación, sería muy loable que, donde sea posible, los presbíteros compartiesen esta tarea incluso con el concurso de otros miembros de la comunidad cristiana, pero asumiendo siempre cada uno la propia responsabilidad ministerial de partir el pan de la Palabra divina a su pueblo.

Oración y meditación de la Palabra

25. Varias veces hemos aludido a que la eficacia última de la predicación de la Palabra depende de la gracia del Señor y de la acción del Espíritu Santo que interviene tanto en el que habla en nombre de Cristo (cf. Jn 15,26-27; etc.) como en los oyentes (Ap 2,7; etc.). Por eso, del mismo modo que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre (DV 25), así también la preparación de la homilía debe ir acompañada de la meditación de la Palabra de Dios que es preciso

enseñar y explicar desde la vivencia personal y con la exquisita caridad pastoral a imagen de Cristo (PO 13).

De una manera particular el Oficio de lectura de la Liturgia de las Horas, aunque no tiene esa finalidad directa, pretende prestar a todos los ministros de la Palabra a quienes se les ha confiado también la oración oficial de la Iglesia (SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* [OGLH] 55-56), una ayuda valiosa en orden a la contemplación del misterio de Cristo y de la historia de la salvación a través del año litúrgico, al tiempo que se convierte para ellos en fuente de santificación personal (OGLH 28-29). La lectura patristica, en concreto, les será particularmente útil por su contenido y por el modo como los Santos Padres acogieron ellos mismos la Palabra para explicársela a su pueblo (OGLH 163-165).

Formación de los futuros ministros de la homilía

26. No queremos dejar este apartado, dedicado a la preparación de la homilía, sin referirnos a la formación de los futuros ministros de la Palabra, particularmente en el campo específico de la predicación litúrgica. Se trata, en efecto, de un aspecto concreto de la formación pastoral (cf. OT 19) que, sin embargo, debe apoyarse, como todo el conjunto de la formación, en una sólida base teológica adquirida no sólo mediante el estudio de las diferentes disciplinas, particularmente la Sagrada Escritura y la liturgia, sino también en la participación viva y consciente en las celebraciones litúrgicas y en el cultivo de la vida espiritual (Inst. *De instit. lit. in semin.* nn. 11; 44; 52; Ap 15).

No podrá faltar tampoco la iniciación pastoral práctica al ministerio (ib. 59), después de una conveniente preparación teórica sobre el arte de la comunicación humana y las exigencias de la expresión pública de la palabra hablada en general y de la predicación sagrada en concreto. Todos estos objetivos se conseguirán mejor con un estudio programado de la teología de la predicación u homilética, con suficiente entidad en el conjunto de los estudios.

II. LA REALIZACIÓN DE LA HOMILÍA

Obligatoriedad

27. Como consecuencia del gran valor e importancia que la Iglesia concede a la homilía, surge la obligación de hacerla en las misas que se celebran los domingos y fiestas de precepto con asistencia del pueblo, en las que no puede omitirse si no es por causa grave (SC 52; CIC can. 767-2). La obligatoriedad se extiende, además, a las misas vespertinas de los sábados y vísperas de días de precepto que se celebran para facilitar a los fieles el cumplimiento de éste (Inst. *Euch. myst.* 28; OGMR 42).

Pero la homilía se recomienda encarecidamente en los días laborables cuando se produce una asistencia numerosa de fieles, especialmente durante el Adviento, la Cuaresma o el tiempo pascual, o con ocasión de alguna fiesta o hecho luctuoso (Inst. *Inter oecum.* 53, 2; OGMR 42; CIC can. 767-3). En este sentido recordamos la exhortación que hacía el documento sobre las fiestas del calendario cristiano, publicado hace un año, cuando invitaba a convocar al pueblo para celebrar aquellas festividades que no son de precepto, sobre todo cuando van acompañadas del correspondiente descanso laboral a nivel local o regional (n. 3 y exhort. final). En estas ocasiones no debe faltar la homilía que ayude a vivir y santificar estas fiestas.

Momento y lugar

28. El momento de la homilía está perfectamente señalado en el Ordinario de la Misa, y la disposición vale también para toda liturgia de la Palabra de Dios que debe estructurarse siempre como la que tiene lugar en la celebración de la eucaristía, es decir a continuación del Evangelio (SC 53; OGMR 42). La homilía, por otra parte, no debe ser ni demasiado larga ni demasiado breve, teniendo en cuenta a los presentes (CT 48). A su término debe guardarse un oportuno silencio para que los fieles puedan meditar lo que han escuchado (OGMR 23; SC 30).

Respecto del lugar, éste puede ser la sede del celebrante o el ambón (OGMR 97; 272), no el altar. Si se hace la homilía desde la sede se destacará el carácter presidencial y jerárquico del ministerio de la predicación litúrgica, del que la sede es signo (cf. OGMR 271). Hacerla en el ambón contribuirá a mostrar la conexión de la homilía con la Palabra de Dios, desde el lugar propio de la proclamación de ésta (cf. OGMR 272).

La forma y el lenguaje

29. La homilía es un género oratorio muy particular, ya que su mismo nombre sugiere, a la vez, los conceptos de conversación, coloquio familiar, explicación del texto bíblico, predicación litúrgica, etc. No es una conferencia, ni un sermón temático, ni un panegírico, tampoco una catequesis o una exhortación moral, aunque la necesidad de «exponer durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana» (SC 52), haga pensar que podría adoptar la estructura y la forma de alguno de los citados géneros. Sin embargo, la homilía ha de ser fiel a su funcionalidad litúrgica; por eso no puede ceñirse estrictamente a ninguno de estos géneros.

Por eso unas veces arrancará del comentario que se hace de la Escritura para ceñirse a un tema central contenido en los textos del día, y otras extrae primeramente el tema y luego lo repasa a través de las lecturas. En ocasiones también, explicará el sentido de la fiesta litúrgica, al que aluden los textos, sin referirse expresamente a ellos, pero prolongando de alguna manera su contenido y mensaje. Con todo es esencial a la homilía el que introduzca, desde la Palabra escuchada y aplicada a la vida, en la vivencia del sacramento o misterio que se va a celebrar como signo de la fe y cumplimiento eficaz de aquella.

En cuanto al lenguaje de la homilía, éste ha de ser inteligible, sencillo, vivo y concreto, que se aleje por igual de los tecnicismos y de las palabras rebuscadas como de la trivialidad y de la anécdota. La homilía requiere, además, un tono directo, familiar, persuasivo y ágil que mantenga el interés de los oyentes no tanto por los recursos oratorios del que habla cuanto por la convicción y autenticidad que consigue comunicar.

La homilía en algunas circunstancias

30. Hay ocasiones en que la tarea de pronunciar la homilía se hace particularmente delicada, o bien porque una gran parte de las personas que asisten a ella han acudido por motivaciones de tipo social o de otra índole, por ejemplo en los funerales o en las bodas, o bien porque lo hacen atraídos por el peso de la costumbre o de la tradición, como ocurre a veces en las fiestas patronales. La presencia de estas personas, no siempre incrédulas o indiferentes, obliga a realizar una predicación respetuosa y abierta a todos, pero también, y quizás más que en otras circunstancias, a anunciar los contenidos esenciales del mensaje cristiano, como la cruz de Cristo como signo del amor universal de Dios, la Iglesia misterio

de comunión al servicio de los hombres, el hombre imagen de Dios y redimido por Cristo, la santidad del matrimonio y de la familia, la esperanza en la vida futura, etc.

En las homilias durante la celebración del matrimonio será preciso, muchas veces, atender ante todo a la situación personal de los que van a recibir el sacramento; sin embargo la predicación, por muy positiva que sea, no podrá suplir una preparación catequética y espiritual que debió darse antes. Cuando se trata de un funeral, la homilía debe evitar toda apariencia de elogio fúnebre del difunto, si bien ha de conducir al consuelo que brota de la esperanza cristiana y de la fe en la Palabra del Señor y en la oración de la Iglesia (*Ritual de exequias*, 46-47).

La homilía en las misas con niños

31. Atención especial merecen también las celebraciones de la eucaristía con mayoritaria participación de los niños. Con el fin de contribuir a su iniciación en la vida litúrgica, particularmente en la santa misa, la Santa Sede publicó en 1973 un *Directorio para las misas con niños* en el que ofrece múltiples sugerencias para organizar este tipo de celebraciones. En lo que se refiere a la homilía, el Directorio, después de hablar de las lecturas de la Sagrada Escritura y de algunos medios que pueden contribuir a una mayor estima y comprensión de la Palabra de Dios, resalta la importancia de la explicación de ésta para los niños y señala que puede hacerse en forma de diálogo con ellos a no ser que se prefiera que escuchen el silencio (n. 48).

También en estas misas está recomendado el breve silencio después de la homilía para que los niños se recojan interiormente, oren y alaben al Señor en su corazón (n. 37).

La homilía en el Oficio Divino

32. Este documento quedaría incompleto si no aludiéramos también a la presencia de la Sagrada Escritura y de la homilía, en la celebración del Oficio Divino. En efecto, nos referimos a la lectura de la Palabra de Dios en las distintas horas, lectura elegida en orden al misterio de Cristo que se desarrolla en el año litúrgico y que va siempre acompañada de la oración (OGLH 140), como corresponde a la naturaleza de esta acción litúrgica. La Liturgia de las Horas, no hay que olvidarlo, es una celebración esencialmente de alabanza y de súplica por la entera obra de la salvación (OGLH 2; 15-17); en ella las lecturas bíblicas, y no sólo los salmos y los cánticos, avivan la memoria del Pueblo de Dios y nutren su contemplación ofreciéndole, de forma paralela al Leccionario de la Misa, un panorama de toda la historia salvífica (OGLH 143ss; 156ss).

La homilía está expresamente recomendada en la celebración de Laudes y Vísperas con el pueblo, siguiendo a ella un oportuno silencio (OGLH 47-48). Incluso está permitido sustituir la lectura breve por otra más extensa, tomándola del Oficio de lectura o del Leccionario de la Misa, o eligiéndola a propósito según el caso (OGLH 46). La homilía ha de ser breve, subrayando los aspectos del mensaje bíblico que tienen particular aplicación al tiempo litúrgico o a la fiesta, y procurando referirse también al sentido propio de la hora celebrada.

A modo de conclusión

33. Quisiéramos terminar estas orientaciones sobre la homilía con unas palabras de particular afecto dirigidas hacia todos los ministros de la predicación litúrgica, especialmente

los sacerdotes, para invitarles a desempeñar su ministerio con generosidad y alegría. Para ello hacemos nuestras estas frases que entresacamos de la homilía que pronunció el Santo Padre Juan Pablo II en la misa de la ordenación sacerdotal de Valencia: «Ejerced vuestras tareas ministeriales como otros tantos actos de vuestra consagración, convencidos de que todas ellas se resumen en una: reunir la comunidad que os será confiada en la alabanza de Dios Padre, por Jesucristo y en el Espíritu, para que sea la Iglesia de Cristo sacramento de salvación. Para eso evangelizaréis y os dedicaréis a la catequesis de niños y adultos... Por eso, haced de vuestra total disponibilidad a Dios una disponibilidad para vuestros fieles: Dadles el verdadero pan de la Palabra, en la fidelidad a la verdad de Dios y a las enseñanzas de la Iglesia...».

Madrid, 30 de septiembre 1983